

NO TENÍAMOS NEGROS

Historia y prejuicios en Chile sobre su pasado
y presente afrodescendiente

Montserrat Arre Marfull

CRÍTICA

Índice

Introducción	9
Observaciones de apertura	9
¿Dónde está África en nuestra historia?	12
¿Qué hay con mi pelo?	13
Deslinde conceptual	16
Éramos veinte por ciento negros	21

PRIMERA PARTE

Para entender el hoy necesario es conocer el ayer	27
Capítulo 1. Sobre la trata y los primeros tiempos coloniales	37
Capítulo 2. Sobre el mestizaje y la sociedad de castas	65
Capítulo 3. Sobre la desvinculación y el inicio del olvido	89
Capítulo 4. Sobre la anexión del Norte Grande y algo de historia de los siglos en que hemos nacido	111

SEGUNDA PARTE

Chile: imaginarios y culturas afrodescendientes	125
Capítulo 5. Siglo XXI. Prisioneros de nuestra “blancura”	135
Capítulo 6. Las expresiones de la africanidad amerindia en Chile	155

Capítulo 7. No vemos lo que vemos hasta que lo vemos	183
Anexos	205
Decreto de Nombramiento del Batallón de Infantes de La Patria	205
Función Cívica del Cuerpo de Infantes de La Patria	205
Ley 21.151. Reconocimiento Legal al Pueblo Tribal Afrodescendiente Chileno	209
Bibliografía	213
Obras historiográficas y crítica literaria	213
Obras críticas y sobre actualidad	224
Fuentes publicadas y manuscritas	227
Recursos online	230

•

Introducción

Observaciones de apertura

El primer aviso que realizamos a la lectora y al lector es que este libro pretende hablar de dos cosas principalmente, y con ello el gran objetivo es colaborar en la desarticulación del mito de la *blanquedad* de las chilenas y los chilenos. Ya veremos que blanquedad no quiere decir solamente un *color de piel claro*, sino todo un amplio set de valores e imaginarios sociales que se activan cuando establecemos diferencias entre los grupos humanos a partir de *escalas cromáticas* que tienen un correlato histórico y cultural.

La primera cosa es dejar en claro que para hablar de afrodescendencia, de negritud, de lo negro, de lo moreno, de lo curiche, de personas de color, es necesario hablar de cuerpos, pero también de culturas. Los cuerpos *racializados* bajo las etiquetas mencionadas —es decir, estigmatizados a partir de la idea de raza—, han sufrido históricamente de abusos, de discriminación, de violencias, y, en fin, de una deshumanización a través de diferentes prácticas y en distintos momentos.

En ese sentido, y como segundo punto, cuando hablamos de la afrodescendencia chilena, lo hacemos también de tradiciones, de mestizaje cultural, de herencia, de historia, de imaginarios sociales y de educación nacional. Hablamos de los procesos que hemos vivido a lo largo de más de 480 años, desde la llegada de los primeros conquistadores europeos y africanos a los territorios que hoy conforman Chile.

Sí, conquistadores africanos. También los hubo. Pero, sobre todo, hubo esclavizadas y esclavizados africanos o afrodescendientes hispanizados que, por una parte, colaboraron activamente —voluntaria o involuntariamente— para que la expansión de conquista de la Corona española fuera tan exitosa como fue y luego hicieron posible, ya en el siglo XIX, que las independencias fueran, igualmente, tan triunfantes como lo fueron.

No es posible contar la verdadera historia de América dejando de lado a un grupo humano que hoy representa por lo menos un cuarto de la población del continente. Ese número es, sin embargo, de las personas que así se identifican. Pues existe otro tanto de personas que siendo mestizas con ancestrías africanas no se reconocen como tales, algo que suele ocurrir en países latinoamericanos, incluyendo Chile.

Evidentemente, en un continente que tiene una reciente historia de mezclas humanas, la adscripción identitaria de cada persona a ciertas ancestrías tiene que ver con una serie de factores históricos y familiares. No obstante, a lo largo de este libro observaremos que la dinámica de la adscripción a una identidad genealógica es mucho más compleja y obedece también a voluntades ideológicas aplicadas a prácticas educativas, políticas y culturales, que han gestionado las directrices de lo que debían y deben ser una mujer y un hombre civilizados y modernos.

Y como, supuestamente, la civilización y la modernidad, valores que siguen siendo muy cotizados en el siglo XXI, se sitúan bajo la lógica global imperante principalmente en *cuerpos blancos*, pues, los estigmas de sus contrarios, lo incivilizado y lo premoderno (o lo rudo y lo arcaico), recaen en las corporeidades consideradas *no blancas* y, por antonomasia, en los cuerpos considerados *negros*.

Hasta el 2000, la mayoría de las chilenas y los chilenos habrían declarado que, a diferencia de lo ocurrido en otros países, Chile no tuvo esclavitud africana y, por ende, no existen personas afrodescendientes dentro de la población. Desde ese año, paulatinamente, el escenario comenzó a cambiar.

En la tercera década del siglo XXI, si bien aún persiste en una importante cantidad de personas chilenas —y también extranjeras radicadas en Chile— esa idea de ser un país distinto en su conformación social y, con ello, en ocasiones *mejor ponderado* en este

camino hacia la modernidad y el desarrollo por esa *ausencia negra*, ya existe cierto saber en una buena parte de la población respecto nuestra afrodescendencia chilena.

Se trata de personas que han tomado conciencia de la participación activa de Chile en el tráfico esclavista de origen africano —hasta 1823 en el territorio colonial entre Copiapó y Valdivia, y hasta 1854 en los territorios del actual Norte Grande— y que, asimismo, conocen las reivindicaciones de las y los afrochilenos reconocidos como Pueblo Tribal Afrodescendiente a partir de la ley 21.151, promulgada el 8 de abril de 2019.

Si la esclavitud fue la base de la presencia africana en América, este territorio al sur del continente no estuvo exento de esclavistas ni esclavizados, por lo tanto, las huellas de África están aún presentes; solamente ocurre que muchas veces no las queremos o no las podemos ver.

¿Cuál es la importancia de reconocernos como país esclavista? ¿Cuál es la relevancia de reconocer la existencia de personas que hoy en día se identifican con la afrodescendencia? ¿Por qué este debería ser un tema esencial a la hora de hablar de *chilenidad*?

Una respuesta inmediata: las sociedades avanzan cuando descorren los velos de sus vergüenzas y ejercen el acto necesario de reconocer las culpas pasadas para enmendarlas y construir un mejor futuro. Es perentorio, en ese sentido, pensar en la reparación por un delito de lesa humanidad y reconocernos como descendientes de esclavizados y, también, de esclavistas.

Una segunda respuesta inmediata: porque en 2024 terminó el Decenio Internacional para los Afrodescendientes que decretó la ONU, durante el cual se promovía la justicia, el reconocimiento, el desarrollo y la no discriminación de las personas identificadas como descendientes de africanos y africanas de la trata y, si bien en Chile se avanzó en varias políticas, hubo mucho que quedó pendiente, y es preciso seguir educando y creando conciencia crítica sobre nuestro pasado y presente.

Una respuesta extensa: esta obra pretende dar cuenta en profundidad lo que las anteriores preguntas han planteado.

¿Dónde está África en nuestra historia?

El problema no es que África y su inmensidad y riqueza territorial, tecnológica, cultural e histórica sea *realmente* secundaria en la conformación de la historia de los últimos mil años —por poner un rango—; el asunto es que el relato que nos han enseñado de la historia de esos últimos mil años tiene un epicentro gestionado por los *vencedores*, como se ha dicho por ahí, los que se han autodesignado como la *raza superior de entre todas las razas*, y en este caso es una historia claramente *eurocéntrica*.

Ni siquiera la historia que se nos ha contado de nuestro continente es *américéntrica*, que se entendería si así lo fuera, en donde podría darse prioridad a la enseñanza de la enorme diversidad histórica americana en política, arte y ciencia y a los aportes contemporáneos en diversos ámbitos de los cientos de pueblos originarios.

En ese sentido, si Europa (especialmente Inglaterra, Francia, España, Holanda, Alemania, Portugal e Italia) ha marcado la pauta de *lo que debemos saber* de los últimos mil años, América es soslayada en algunos casos emblemáticos; África ni siquiera existe. ¿Cómo es posible que habiten más de doscientos millones de personas identificadas como afrodescendientes en América, y 174.190 en Chile (según el Censo Nacional de Población y Vivienda 2024), pero África no exista en nuestra enseñanza de la historia, y la trata de esclavizados apenas se mencione, si es que se hace?

Frente a esta ignorancia o desprecio es importante decir que, aunque “no todos los negros son africanos ni todos los africanos son negros”, aludiendo a lo que expresa el historiador y teórico camerunés Achille Mbembe en su obra *Crítica de la razón negra*, existe una red de relaciones históricas que se proyectan desde África hacia el exterior, y desde América hacia el exterior, y convergen en los espacios atlánticos, pacíficos, caribeños e incluso mediterráneos e índicos. ¿Dónde, en qué manual de historia de América, nos han enseñado algo sobre esa red en la cual los diversos pueblos, reinos o naciones africanas no son un agregado, si no que fueron también protagonistas?

Una enorme cantidad de habitantes fue secuestrada y expatriada durante los siglos de la trata de personas; personas jóvenes, principalmente, que no pasaban de los 25 años, lo que generó una crisis demográfica que debilitó el poder que antes de la trata va-

rios reinos y estados africanos tenían. De hecho, en la época del inicio de las navegaciones portuguesas por la costa africana, en el siglo xv, había varios reinos en el continente que tenían la misma o mejor estructura, riqueza y poder, que muchos reinos o ciudades europeas. En la magna y clásica obra de los historiadores franceses Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, estos autores recalcan la importancia del triple encuentro, e inician acertadamente la historia de la Conquista de América en África, en el reino africano de Benin (actual Nigeria).

Así, este libro que tiene usted es sus manos debe servir para abrir la puerta al estudio de una historia de Chile y de América ya no eurocentrada, si no afrocentrada y americanizada, basándonos en la idea de redes de intercambio e influencias que comienzan a acontecer en el espacio global desde el siglo xv, pero cuyo origen están mucho más atrás.

En ese sentido, apelar al concepto de *diáspora africana* es esencial para diagramar mentalmente estas redes históricas y presentes. Toda diáspora conlleva un sufrimiento. Toda diáspora merece su memoria y su reconocimiento, para que las heridas que nunca sanaron puedan ser curadas. En esta travesía hacia la reparación nos vamos a encontrar una y otra vez con una piedra de tope, y esa enorme roca es el racismo. El racismo que sí existe en Chile, palpable y vigoroso, a nuestro pesar.

¿Qué hay con mi pelo?

No es menester de este trabajo esencializar lo afrodescendiente como un conjunto de atributos conductuales, psicológicos, morales, espirituales, sociales, que tienen un correlato en una apariencia física específica, pues todas las cualidades que tienen personas o grupos varían, no según el aspecto físico o la biología, sino gracias a las muchas determinantes ambientales, sociales e históricas, en donde la condicionante biológica es solo un elemento más del resultado.

Sin embargo, hablar de cuerpos y de particularidades físicas se hace necesario toda vez que invariablemente desde hace siglos en la sociedad globalizada persisten con mucha fuerza estructuras mentales que apuntan a considerar *lo negro* o *sus semejantes* como un paquete de características consideradas negativas, partiendo siempre por caracterizar lo físico.

En cualquier lugar donde aparezca, *lo negro* desencadena dinámicas irracionales, dice Mbembe, y se debe al hecho de que nadie, ni siquiera quienes inventaron ese término ni aquellos que han sido etiquetados con ese nombre, desean ser un negro o ser tratado como tal.

El concepto *negro*, de hecho, fue un invento imperial y surge con la trata de personas del África subsahariana. Antes de aquello, si bien existían fórmulas para nominar a las personas del África conocida por los europeos que podrían ser indicadores de *racismo antinegro*, tal como nos cuenta el historiador portugués Francisco Bethencourt en su obra *Racismos: de las Cruzadas al siglo xx*, mayormente se utilizaban para los gentilicios de los pueblos que habitaban el territorio, aunque la palabra *etíope* era el concepto genérico para nombrar a las y los africanos de piel oscura que habitaban al sur del desierto del Sahara.

Cuando surge el concepto de *negro* para la generalidad de estos pueblos, emerge de la mano de la esclavitud trasatlántica, por ello ese término funcionó durante siglos como sinónimo de *esclavo*. De ahí que sea polémico, y es por una doble función. Por una parte, recuerda aquella realidad de esclavización que genera una vergüenza en las mujeres y hombres esclavizados y sus descendientes, y un desprecio desde los demás que no experimentaron ese destino. Por otra parte, lo *negro*, que tiene una lectura corporal, se relaciona desde una mirada racista occidental con una serie de atributos negativos, invariables y esencialistas, como lascivia, estupidez, ignorancia, rudeza o incivilidad.

Es más: si unimos esta doble función del concepto de *negro* asociado a elementos negativos, podemos entender la asociación entre una *no* belleza y *ser negra o negro*. Y decimos *no* belleza, porque los atributos estéticos asociados con lo *negro* tienden a relacionarse con lo que *no tienen* respecto de lo *blanco*. Con una *pobreza racial*, como dice el teórico crítico sudafricano David Theo Goldberg en su texto “Modernity, race and morality”. Una carencia del capital estético necesario para legitimarse en la sociedad global.

En ese sentido, la reflexión sobre el mestizaje en Chile, y la idea del *mestizo-blanco* o el *criollo* como base fundamental de la sociedad chilena será puesta en duda a través de las reflexiones que iremos urdiendo en la trama de esta obra. Por ello, sugerimos

partir esta travesía pensando, en primer lugar, en qué elementos de sus genealogías y qué elementos de su historia nacional han fundamentado la identidad que en el día de hoy declara usted para sí. Esta reflexión personal es, claramente, la más difícil de realizar. Desterrar los tabús familiares y los silencios de la propia historia, es el primer paso hacia la desarticulación de los constructos racistas, y ello es siempre un ejercicio espinoso.

En este punto apelamos a los conceptos de *nosotros* (*yo*) y *otros*, que sitúan el análisis en el lugar de enunciación para entender cómo establecemos escalas de valores y organizamos nuestro mundo social.

Como ya ha sido tema de una larga literatura crítica, la pregunta sobre los *otros* lleva siempre al problema de la propia identidad. En la práctica, esta cuestión es tan importante que los especialistas han dedicado largo tiempo a reflexionar y enseñar el enfrentamiento del sujeto *nosotros* frente a los distintos, es decir al delineamiento de la alteridad. El historiador, lingüista y filósofo búlgaro Tzvetan Todorov, en su libro *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, inicia diciendo “la diversidad humana es infinita: si quiero observarla, ¿por dónde empiezo?”, para aludir las perspectivas de análisis que son posibles de realizar en cualquier obra ensayística, literaria, histórica o antropológica y encontrar ahí aquellas huellas de alteridad.

Lo interesante de este proceso fundamental es que, a partir de ese enfrentamiento con lo diferente, el *yo* que se pregunta por el *otro*, establece y fortalece su propia identidad a través de la distinción física, lingüística, económica, política, nacional, educativa, entre otras. La noción de *sí mismo* se consolida desde esta suerte de conocimiento especular en el que yo me reconozco como persona en tanto veo a seres humanos parecidos a mí, aunque a la vez sé que soy a, diversa escala, una persona distinta.

Este es un proceso que se ha vivido infinitas veces a lo largo de la historia humana y, a veces, ha estado ligado con otro aspecto de la conformación identitaria: la creencia de que la propia identidad es superior a la de los otros. Es decir que el *nosotros* tiene todas las características de la plenitud, en cambio, los demás, los extranjeros, los diferentes, son incompletos, y tal vez, ni siquiera personas o seres humanos.

En vez de producirse una autoidentificación con el *otro* que lo incluya, la que podríamos llamar *horizontal*, se ha producido por diversas razones una identificación del *yo* por sobre el *otro* que se percibe como inferior; es decir, una autoidentificación vertical. En palabras de Todorov, se niega la existencia de una condición humana *realmente otra*, que pueda no ser *un simple estado imperfecto de uno mismo*.

En definitiva, pensar en una apariencia física específica, asociada a la idea de afrodescendencia, negritud, negro, moreno o curiche, es significativo en cuanto en Chile dichos elementos coligados a lo africano subsahariano parecieran no existir, cuando, en concreto, no es así. Es perentorio salir de nuestra zona de *confort*, de la comuna, de la ciudad, de la región donde vivimos y mirar un poco más allá. Es necesario, asimismo, mirar alrededor sin salir del lugar donde vivimos; pero mirar de verdad. Ahí, donde menos lo imaginamos, algunos rasgos de nuestra africanidad subsisten y no los hemos querido asumir, toda vez que consideramos esos rasgos asociados a aquellos *otros* que debemos despreciar.

Deslinde conceptual

En este libro se encontrarán muchas palabras sobre las cuales una buena parte de las y los lectores no tengan mayores noticias, o bien comprendan en un sentido general.

El primer deslinde es el que tiene que ver con el uso de la palabra *afrodescendiente* y sus derivados, como *afrochileno*. Es decir, palabras que utilizan el prefijo *afro* para indicar una ascendencia africana específica, la del África subsahariana, no del África árabe o semítica. Estos conceptos tienen un carácter jurídico y político desde su reconocimiento oficial por la ONU.

Si bien es una palabra de larga utilización en el siglo XX, no fue tan popular hasta el siglo XXI, cuando el 2000, convocada por la ONU, se celebró en Santiago de Chile la “Conferencia ciudadana contra el racismo, la xenofobia, la intolerancia y la discriminación”, que fue la antesala de la “Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia” realizada en Durban, Sudáfrica, en 2001. En estas conferencias, uno de los temas principales fue el debate en torno a las reparaciones por los delitos de lesa humanidad del comercio